

Juan Felipe Toruño

Interpretación del poder poético de Antonio de Undurruga



ON figuras remotas, trasiega naturaleza la poética de Antonio de Undurruga, ¿Qué naturaleza es esa? ¿Telúrica o cósmica; humana, vegetal, mineral, animal, elemental? La función del poeta es de alquimia. Refunde su instrumento (visión) en los metales. Estos los transforma en animales y de aquí amplifica sus mirajes recorriendo posesiones marítimas, telúricas, cósmicas. La cosmici- dad implica elemento y en ello palpita pureza desconocida para el hombre. El poder del poeta es encontrar esa naturaleza, arrancarla de su estado misterioso y abstracto, vaciarla en sus retortas y transformarla en metales o enseres, informando después de lo que tiene. Información por medio de metáforas y figuras, las figuras recónditas que necesitan de un buceo sensorial.

Antonio de Undurruga procede así. La poesía en él es de alquimia y a ratos se escapa del análisis fugándose en astilladas gesticulaciones sorprendidas que hacen en tal poesía aquellos metales, aquellos cuerpos, aquellos viajes a los que él les pone razones que palpiten, o desintegra tales viajes en una serie de aspectos extrañados de ser, de ser aspectos.

La poesía, cuando viene de entrañas, sangra; pero cuando tiene calidad de líquido, de metal, de viento, de elemento, refleja, impulsa, convierte y revierte. Y es esa la poesía de Antonio de Undurraga, reflejadora, convertidora, revertidora, transformadora. Trae el impulso desde aquella actitud natural y pura que tienen los sujetos. Arranca él de ellos lo que transformará y los hace viajar en etapas y en caminos diferentes, hasta que se convierten en la expresión poética que es información de todo aquel proceso alquímico.

Se piensa a veces que Antonio de Undurraga fuera perdido por entre vetas licuas, o de viento o de tierra; entre ondas, pero esto no es sino la trituración de moléculas, porque el rumbo de él es de voz quebrada sin diapasón exacto. Su voz está representada por figuras, las figuras recónditas que estremecen ciclos estéticos ultramodernos y que podrían desorientar a quienes no estén familiarizados con escenarios donde actúan, aglomerados, los distintos orientes de la poesía que ha llegado a reformar, transformar, formar y conformar una nueva sensibilidad, flujo estético, informando así de una nueva expresión en que el poeta—insatisfecho siempre—opera mágicamente.

Y el hombre, en esto que podría denominarse malabarismo auténtico, ¿dónde se le encuentra? Pues, precisamente, en ello es donde actúa el poder de convertir lo elemental en mineral y lo mineral en vegetal, animal y... humano. Y en esto hay símbolos, símbolos, símbolos. Y con ellos alegorías, vaivenes de luces, entre choque de resuellos vertiginosos, trepidación de partículas, todo un cúmulo y precipitación de esencias y presencias que se entremezclan en las retortas interiores para presentarse, después, en caminos restallantes de sucesos; el suceso íntimo, en donde hay angustia sin llanto, sin queja, sin debilidades, sin desmayos: un buscar de caminos diferentes después de haber hallado uno y otro, un ansia por descubrirlo todo; un despedazamiento de anhelos que ya le han hecho extremo daño en el corazón, por lo que a veces exclama: «¡El corazón me

pesa demasiado y he resuelto—abandonarlo a una tribu de babosas!>

¿Y entonces, diréis, cómo vivir, cómo ensayar tantos viajes, cómo tributarle a la vida lo que ella necesita del hombre y del poeta, sin el corazón? Ahí la causalidad emitiendo la fuerza de desalojar hasta eso, el corazón; arrojar lejos y abandonar eso que agarra con el sentimiento, por lo que se puede apreciar en este recorrido en los túneles poéticos de Antonio de Undurraga, aquel deseo de quitarse la camisa carnal, para quedar como el viento alzado en todas las partes y entrando a todas partes, siendo ojo y voz y lengua y movimiento, brazo y pie, y dedo y hasta sangre cuando fluye poderosamente herido, impulsado por sus energías infinitas.

En el fondo de esta poesía, colocando en su lugar las porciones transformadas, existe una inmensa y triturante agonía. La agonía por la inalcanzado y quizás alcanzable.

Un poeta de monólogo interior, Undurraga. Inmergiéndose al universo sin comprenderlo, pero sintiéndolo en su cuerpo y en su sangre y en sus pulmones y en su espíritu, con esa dislocación honda al sentirse atado a lo eterno, porque el espíritu es eterno, como lo es la materia (no la forma) y es ahí donde aparece la cósmica función poética de Antonio de Undurraga, henchido de impiedades en el desbaratamiento de objetos, de sujetos, de partículas, de moléculas, forjando así un vaivén nostálgico y anheloso, un ir y venir de formas que se trasladan, que se evaden momentáneamente, pero que aparecen transformadas por las reversiones del poeta.

Tengo la seguridad de que Antonio de Undurraga es un poeta abstruso para la generalidad. Sus concepciones no se encasillan en determinados moldes, ni en confetis o manjares para todo paladar. Al contrario, áspero es para unos; agrio para otros; desajustado en las arquitecturas de su patetismo—al parecer enrevesado—para los más.

No obstante lo que uno es en su poesía y lo que otro es, Antonio de Undurraga tiene cierto contacto con Humberto Díaz Casanueva, otro chileno. Los dos sufren de la dolencia por conseguir las más hondas moradas de la vida, por medio del destrozo inmisericorde de formas y de presencias, aislando la voz suave. Y si pudiera entre buscarse en algún otro poeta chileno, se advertiría cierta penitencia en el andar cósmico de Pablo de Rokha.

«Llagas, sí, muchas llagas
que en el vacío, mudas, se prolongan.

Creedme: Soy sólo un costado de barco
sanguinolento, húmedo
y estoy sujeto a la eternidad como un buzo
cargado de relojes.

Cargado de sangre, de desdicha
y una gelatinosa demencia de ostras.
Mi lecho es de agujas.
Empero, como un murciélago clavado al muro
mi corazón aun yace.

Y en medio de una umbría de gargantas sordas
hoy grito en la soledad como una isla
cubierta de designios.

Pero la soledad y el vacío me rodean los labios».
(«Portaceli»).

¿Y de ahí? De ahí la comprobación de esas transfiguraciones y la reafirmación de esa amargura dicha en forma triturante, la confusión extraordinaria en una odisea sin término: movimiento de fuerzas, de formas, de luces, de esencias, llevando el talismán de una facultad transformativa, estratégicas de espí-

ritu para que este funcione con el don preciso de SER, en poesía exacto en los pactos con todo lo que acarrea el poeta.

Pareciera un caos la poemática undurraguense. Un caos en la confabulación constante de elementos y cuerpos y esencias y luces y sombras. Y el mar, el remolino de una tromba en que el viento no aulla, sino que masca; los minerales, el cosmos, en fin una vorágine tremenda en que sólo hay un poeta Undurraga que se siente en un vacío, porque en Undurraga insiste la tenacidad del vacío, como insiste en él el mar, el mar varón, el mar que está adentro de él en su sangre y fuera de él en su visión.

Los poetas que llegan a entrañas vivas de lo humano, anatomizan, viviseccionan; los que buscan en el vegetal la vena apropiada para hacer con ellos tejidos musculares, fitotomizan; los que trasfunden metales y remueven fundamentos minerales transformándolos, son metalúrgicos y alquimistas. A estos últimos pertenece este chileno que, arrancando desde esas fuentes minerales, recorriendo los parajes del mar y de la tierra, perforando elementos y removiendo el más allá de las presencias, no deja de ser chileno en su función relativa, porque ha ubicado su porción formal, su porción de substancias en la extensión de su patria en donde hay de todo y en la que la posesión de su ser implica emotividad arraigada en lo que quisiera arrojarlo a las babosas: su corazón.

Hoelderlin—el mártir que en fuerza de ver para afuera quedó ciego—entrevió la metafísica de las cosas que aprehendiera esencialmente Martín Heidegger. En su tremenda agonía había una ansia triste, oscura y a la vez trágica; en Rainer María Rilke, las rutas de la existencia tuvieron en él vuelos de ángeles con alas quebradas y fantasmagóricas, seres que anohecen ululantes, astillando los sistemas siderales; en nuestras vetas latinas, la desesperación del niño atrabiliario, el temible infante, Rimbaud, fogonea la desesperación e Isidoro Ducasse (Lautremont) con su «Complainte» tremoló una llama; una llama que le estuvo quemando la existencia, así como el pobrísimo Giuseppe Leopardi, tísi-

co e hidrópico, catalogó su dolor y su soledad y su desesperación en su epistolario. Hay formas de formas, fisonomías de fisonomías y una sola poesía. Unos lloran, otros lagrimean, otros cantan quejándose; pero en la poesía de Antonio de Undurraga, el canto se torna en trepidación y ésta se transforma en desasosiego de elementos, en caos y vértigos, porque esa es la manera de expresar su inconformidad, quien ha buceado en los metales hirvientes de Huyssman, los que, a su vez, ha transfigurado en velámenes hispídos, afebrados de ser telúricos y fatigados de cosmicidad, dentro de la humana arcilla que se destroza adentro de un corazón.

Así, con esa poesía, se manifiesta este poeta chileno, Antonio de Undurraga, obscuro para muchos, enrevesado para quienes quieren que los senderos estén siempre limpios; pero para los que pueden ver, un poeta de alquimia, de transfiguraciones y de relampagueos metafóricos, con esas figuras recónditas y monólogos interiores que usa el dolor que no lacrimea, sino que destroza, aniquila, afebra. Recorre las distintas posiciones existenciales y se planta en el equinoccio de sus vacíos íntimos.